

Semblanza del barrio Mercado Viejo. Parte III

Feli Alonso Curiel

Pero si algo vertebró al barrio fue la construcción de la escuela de la Villa, bajo la "advocación" de José Antonio Girón de Velasco. Ríos de chiquillos corrían por las dos callejas de acceso. Las campanas de las monjas repicando las tres de la tarde le obligaba al escolar a correr jadeante para evitar los "tutos" impartidos magisterialmente por las señoritas y los maestros. Señoritas, porque hasta hacia algunas décadas, ejercer el Magisterio obligaba a las mujeres a ser solteras y recatadas. A los maestros no se les ponía trabas, ni tan siquiera la de ser fumadores compulsivos en horas lectivas. En los años 60, el horario de la tarde se consagraba a coser. A los chicos, marquetería a partir de una edad. A partir de los 10 años las niñas dejaban el lapicero para empuñar la aguja. Nos educaron con disciplina y sentido del ahorro. La disciplina de "prietas las filas, recias marchando..."; la disciplina de levantarnos del pupitre cuando entraba un docente; la disciplina del vaso de leche en polvo preparada por unas alumnas avezadas bajo la dirección de Justina, la portera que cocinaba con paciencia y amor los platos que nos daban en el comedor. Disciplina y ahorro; un ahorro que se canalizó a través de unas cartillas de ahorros, avaladas por el Estado con el fin de cobrar los réditos en nuestra mayoría de edad. De aquellos dineros nunca más se supo.

La escolarización del barrio era total. Ninguna familia privó a sus hijos de la escuela obligatoria. Fueron buenos formadores intelectuales, aunque su método pedagógico fuera "de vara". A finales de los 60 se incorporaron los alumnos de Aldeayuso y Molpeceres que transportaba a diario Ángel "Pichón" en su microbús roja y Alfonso Sanz, años más tarde. La llegada de estos alumnos fue una experiencia ambivalente. Nos hizo salir de nuestro gueto de peñañielenses de pedigrí y conectar con un grupo de muchachos y muchachas que eran hijos de labradores, oficio este que iba dejando de primar en nuestro barrio.

En "las escuelas", pues así llamábamos coloquialmente al centro escolar, se vivía con fruición los preparativos de la Navidad. Ir a buscar musgo al pinar del Marquesito era arriesgado, pues no siempre el guarda Iglesias aceptaba la presencia infantil con buen humor. Crecimos llamando a ese pinar "del marquesito" ignorando que el nombre secular era "de San Francisco". Algo de "santos inocentes delibesianos" teníamos. Inocencia ignorante.



Nos educaron separados a niños y niñas, en el aula y en los patios. Una malla de alambre separaba los patios. Uniformes blancos, después color salmón y más tarde verde para las niñas. Los chicos, nada. Pantalones crecederos con grandes bajos que se sacaban a medida que el adolescente crecía. En fechas puntuales nos bajaban en fila hasta Reoyo a toda la infancia de Peñañiel. Cada grupo de bancos, una escuela. No recuerdo si asistía el colegio de las monjas porque siempre mantuvieron una distancia con la escuela pública. Allí aprendimos que la Consagración tenía que ver con el Himno Nacional y con la bandera roja y gualda. Nuestra generación empezó a escuchar la Misa en castellano tras el Concilio del 65 bajo la mirada torva de D. Pedro Herrero del Collado, párroco durante muchos años y que pasó a la historia de la Archidiócesis con el apelativo de Pedro, el Cruel, como el rey del siglo XIV. D.

Atanasio Martín Coca alivió esa omnipotencia del párroco.

Un verbo con el que crecí y que nunca entendí fue "chivar". Desconozco si con be o con uve. No era sinónimo de delatar, sino de empezar a relacionarse amistosamente ambos sexos. Tenía mala prensa empezar a degustar de esos encuentros. Nuestras diversiones eran inocentes. Balones, sogas, tabas, mariquitas, buscar hojas de moral para nuestros gusanos de seda, ir al río con una pastilla de jabón a lavarnos. Los chicos eran avezados en construir artefactos con rodamientos y manillares para bajar cuestas o, en su defecto, hacerse empujar. No había muchos sitios para gastar las pocas pesetas que nos daban en casa. María, la Ojitos nos vendía esos caramelos de nata a 10 cts. Nos pasábamos horas esperando ante el torno de las monjas para que nos vendieran un cucurucho de recortes de hostias. Algo de lúgubre tenía el portalón.



Participantes en el desfile de las Cruzadas. Foto familiar de la autora

Fuimos la generación que empezó a pedir a los Reyes "Juegos reunidos" porque el parchís, la lotería se nos quedaban trasnochado. Unos Reyes que no venían en camellos sino en caballo y que salían de la trasera de la familia Ojosnegros. La calle del Mercado era visitada por los pasos de Semana Santa y por un desfile que a principios de los sesenta se llamó las "Cruzadas". Galeras adornadas y adolescentes vestidos a lo medieval con dos sábanas cosidas y un escudo cordiforme de cartón con una gran cruz roja.

Las radios empezaron a pulular en la barriada. Por la tarde eran horas sagradas las dedicadas a escuchar los seriales de Guillermo Sautier Casaseca. Las mujeres del barrio subían presurosas de la bajada del río, barreño en la cadera, para no perderse la novela. La costumbre de dejar puerta y ventana de la cocina abiertas permitía a la transeúnte seguir el serial a trozos. La radio nos acompañó en programas como "Manicomio S. L.", a la hora de comer o "La portera y sus vecinos" a la hora de la merienda. Cuando sonaba la música del "Parte" se desenchufaba la radio y no por posicionamiento político, es que eso no iba con nosotros. Tampoco vivíamos la ansiedad presente por saber el tiempo venidero. Lo veíamos en la "pantalla" del cielo.

Ejercitábamos nuestra memoria con el mantra "ése sí, ése no" cuando otro niño o niña sacaba de su carpeta ajada por el uso todos sus tebeos y así, intercambiarlos por los nuestros. Crecimos leyendo sentados en cualquier acera, poyo, portal, gloria o al calor de la chapa o cocina inglesa de nuestra casa. Historias del Jabato, Capitán Trueno, Hazañas Bélicas, Roberto y Pedrín eran las lecturas de los chicos. Las niñas leíamos embaucadas los cuentos de Azucena, las travesuras de Zipi y Zape, Mortadelo y Filemón. La llegada de "la cosa", eufemismo de la menstruación, cambiaba las aficiones. Se ansiaba la foto de los ídolos, Dúo Dinámico y se copiaba en un cuaderno letras de sus canciones. Leíamos en postura de yoga, sin miedo a la cistitis ni agujetas, sin el sobresalto de mirar al reloj para saber la hora. Nuestra madre bien se encargaba de sacar el gaznate por la ventana y avisarnos de que había que entrar en casa. Pocos relojes había y, sin embargo, practicábamos una puntualidad inglesa. En casa, el despertador y el reloj de padre; en la calle, las campanas de las clarisas, la entrada y salida del colegio de la Unión, la llegada puntual del autobús de la empresa Navarro conducido por el señor Priscilo que, desde Valladolid llegaba a las "seis en punto" y que con su bocina avisaba a los peatones del peligro de cruzar la carretera.

Nos conocíamos todos y sus trabajos. Hasta el Mercado llegaba Martín, el cartero, con su bici; o Paco Cárdba con sus gaseosas; Martín y Felipe, panaderos. A los lecheros Gandarillas, Santos Alonso y Catalina que con sus cántaras de cinc y

sus medidas vertían la leche para desayunar. Hasta hacía pocos años, la leche era un lujo 'que sólo se tomaba en caso de enfermedad. Otros por su carisma docente: D. Ampelio, D. Cándido o la paciente D^a Esperanza que en su juventud se acercaba hasta Curiel en bicicleta para enseñar; más tarde, a Padilla desplazándose en autobús de línea o en el taxis de "patacabra". Admirábamos la serenidad de los ciegos Jaime y Temis, "Pichirique" o la contemplación del trasiego del barrio desde su silla de inválidas, Ángeles, la montañesa y Ana Esteban, mujer de Félix Bayón. La mandadera de la monjas, la vieja Juliana con poca vista y sin necesidad de agacharse para orinar. Los hermanos Valentín y Tomasa, siempre juntos y siempre riñendo. A Luis Arranz, Wison, un deficiente mental, que usó la picardía para burlarse de los que le burlaban; a Carlitos, hijo de D. Facundo que, sin ser del barrio lo cruzaba acompañando a la Banda de Música tocando un palo, a modo de flauta. Cuerpo de hombre, mente de niño, corazón de ángel; a Andrés, el Garracho, que apuraba el café a ritmo de cucharilla para alargar la vida del contenido de la taza ; a Angelita García Calderón que abrió la primera peluquería del barrio, en un cuarto de la casa familiar de la calle García Curiel; a las hermanas Ojosnegros que confeccionaban jerséis de punto a máquina; a su madre, la señora Felisa, con la paciencia sabia que da haber parido 14 hijos; las flores de su jardín adornaba el Cristo.

Y como no a Amadeo, el del bar Avenida o a Justina y Mariano, los de la cantina del Campesino. Los parroquianos se apiñaban frente al televisor entronado contemplando exaltados el "salto de rana" del Cordobés. El refresco, seis pesetas. Los niños se arracimaban a la puerta de la cantina para ver por enésima vez a Cleo, Maripi, Pelusín irse a la cama a las 9, mientras nosotros seguíamos jugando.

No sólo se conocían los entresijos familiares del barrio. También el sufrimiento se colectivizaba. Un fuego nocturno asoló la chatarrería de Félix Bayón; en pocos años varios niños del barrio se ahogaron en el río y uno en la charca de la calle Huertas; accidentes de coche con varios fallecidos: la familia gitana de los Quintines y dos miembros de la familia Pablo, "carbón". El barrio se "hacia cruces" por la muerte premeditada, a manos de un compañero de trabajo, de Primi, la ferroviaria; el

accidente laboral en la Azucarera de Prieto; la muerte del joven Vicente Arranz, al ser atropellado en su bicicleta por un coche. Todos eran del barrio. Cada muerte, un luto; cada promesa a la virgen del Carmen, un hábito marrón que de tanto pasearlo perdía el color carmelita. Nos costaba salir de los colores "sufridos". Sólo la ropa infantil rompía esa monotonía de pardos, negros y colores de alivio.

Tener cocina de butano supuso libertad para el ama de casa al no tener que lidiar con las cocinas que no atizaban por estar sucia la chimenea, o porque si no corría nada de viento, la llama no prendía. La pequeña nevera era compartida algunas veces con la vecina a la que se obsequiaba con los cubitos de hielo para refrescar el porrón. La lavadora automática se fue instalando en algún lugar, a pesar de la incomprensión masculina que no entendía tantas modernidades. Sé de la casa donde se instaló a escondidas.



Los Cuatro de la Juventud. Foto del archivo familiar de la autora

Apareció la máquina-tocadiscos en el bar Linares; cuatro chavales del barrio formaron un grupo ye-ye, "Los 4 de la Juventud". En un Seat Seiscientos se desplazaban llevando sus instrumentos dentro. Se empezaron a organizar viajes de un día para visitar el Valle de los Caídos. Mayores y pequeños todos pasábamos ese viaje iniciático. Desconocíamos a qué olía el mar. Sabíamos del descubrimiento de América, pero no del descubrimiento de Benidorm.

Un comercio estrella de los años sesenta fue el Barato. Allí se compraba de todo. Luci, la paquenas, se adelantó a la tienda de "los chinos" medio siglo. La mercería Avelina y Vitorino, y el cristal y la loza de la señora Modesta gozaban de una clientela fiel. Otro establecimiento emblemático fue el estanco de Esperanza Moro. Ellos, sus Celtas

e Ideales; ellas, a recitar el mantra de "ésta sí, ésta no" cuando Espe sacaba fotonovelas nuevas y deslucidas por el uso. Esperanza alquilaba por dos pesetas las fotonovelas de Corín Tellado. Entre los "¡mi vida! y los ¡te quiero! toda una generación de nuestras vecinas ejercitaron la lectura y... la ensoñación amorosa. Soñar con galanes costaba dos pesetas y merendar, 1,30. El riche costaba eso y el pan, 7,10. Estos eran los precios en el año 69 en los despachos del barrio, Maruja, la chaparra y Juanita, la confita. En esos años se amplió la gama para llenar el bocadillo. Al consabido chocolate Elgorriaga y Loyola se sumó la Nocilla. El marketing es viejo como el mundo y la mejor forma de aumentar el consumo era incluir un cromó coleccionable. La colección "Y Él llegó hasta nosotros" sobre la vida de Jesús de Nazaret abocó a los niños del Mercado a comer tabletas hasta el hartazgo. Años más tarde, el marketing de los cromos coleccionable abusó de la buena fe de los maestros del barrio. Pasaron por las clases agentes comerciales para asegurarnos que "Vida y Color" era una colección educativa. Nos lanzamos como posesos a comprar cromos donde Espe.

Si de algo pudimos alardear en esos años de finales de los sesenta fue contar con el primer jardín con columpios que se instaló en el pueblo. Hoy, vacíos; en el ayer de hace medio siglo se formaban colas larguísimas para subir al tobogán y es que toda la tropa infantil del pueblo se acercó para saborear la sensación del balanceo o deslizarse por un enorme tobogán. Ya no había que esperar a mayo a que instalasen las atracciones en la Glorieta y disfrutar de las cadenas.

La construcción del instituto colindante a la escuela hizo desaparecer la explanada del viejo ferri. Ya no hacía falta comprar caballos, más bien camiones. Atienza, Soto, Curiel, Platero aparcaban sus camiones en las amplias aceras de la calle.

Un grupo de viviendas donde fue la mejor huerta de Peñafiel, la de Mundaco, rellenaba aún más el barrio. La calleja pasó a llamarse Calle Beata Juana de Aza; no pongo en duda su vida virtuosa,

aunque sospecho que mucho le valió ser madre de Domingo de Guzmán, fundador de los dominicos. He leído en internet que en Peñafiel se la tiene mucha devoción. No. Al menos en nuestro barrio prima la devoción de dos italianas, Clara de Asís y Gemma Galgani. Fue la primera calle en Peñafiel dedicada a una mujer; creo que ahora hay otra, de una benefactora. Es una pena que nuestro pueblo olvide a sus pro-mujeres, algunas de la realeza.

El puente de la Judería nos acercó al "pueblo" un poco más. Entrecomillo la palabra porque es, en este contexto, donde la he escuchado muchas veces.

En una visita oficial que hizo Carlos Arias Navarro, siendo alcalde Antonio Morán, quedó sorprendido por la fealdad estética de la calle ante tales tenderetes de ropa colgada. Fue tanto su rechazo que el alcalde tomó la medida drástica de prohibir tender ropa hasta las siete de la tarde, bajo pena de multa.

El 21 de julio de 1969 el hombre llegó a la Luna; un 24 de septiembre de ese mismo año una niña de 12 años llegó a Bilbao. Por honestidad, decir que mis recuerdos se borran aquí. Os dejo a vosotros continuar.

Cuando vuelvo, no digo que todos los años, rememoro mi infancia y agradezco que mucha gente del Mercado me recuerde todavía. Lo agradezco porque desde hace años para, la mayoría, soy una veraneante anónima o todo más Feli, "la que escribe". Eso sí, en mi barrio saben de mí y me satisface. Muchas de las viviendas han desaparecido, nuevas tiendas, presencia de otras etnias con sus idiomas a cuestras y en el corazón. Solo quisiera que esa experiencia de vivir "en familia en la calle" tal como expresó con acierto Begoña Soto siga siendo realidad. Atrás queda el recuerdo del barrio que fue en nuestra generación; por fotos sepia, el de quien nos precedió y, retrocediendo en los siglos, ver en ese arrabal, allende de la Torre del agua, unos caseríos de alfareros diseminados. De ahí partimos.